

nio— no se ciñó al campo de la novela corta: desdeñando la obvia modestia de sus recursos económicos, también mantuvieron una editorial, Vulcano,<sup>12</sup> e incluso probaron fortuna, sin llegar a obtenerla, con un periódico anticlerical, *El Gorro Frigio*,<sup>13</sup> preocupante demostración, en los tres o a lo sumo cuatro escasos números que amparó su fracaso, de la desazonante pobreza ideológica, pesada herencia decimonónica, que todavía inspiraba algunas de las más virulentas, aunque superficiales, manifestaciones de esta índole.

El hueco dejado por *La Novela Roja* sería cubierto, al cabo de pocos meses, por las Ediciones Libertad, con una audaz *Biblioteca de los Sin Dios* y una interesantísima colección de novelas cortas revolucionarias, *La Novela Proletaria*, serie que no debe confundirse con la del mismo título que, entre 1929 y 1932, mantuvo Cénit<sup>14</sup>, aparte de otras publicaciones de menor entidad.<sup>14 bis</sup>

La *Biblioteca de los Sin Dios*, veinticuatro tomos a razón de treinta y dos páginas, fue íntegramente escrita por Augusto Vivero, sin duda el hombre clave de Ediciones Libertad, autor asimismo de cuatro de los veintisiete relatos de la *Novela Proletaria*, serie cuya dirección asumiría, a partir del número 7, en sustitución de Alfonso Martínez Carrasco. Con la *Biblioteca de los Sin Dios* Vivero pretendía demostrar que «los Evangelios son novelitas inventadas acomodando dichos y hechos del Antiguo Testamento a fábulas del folklore religioso común».<sup>15</sup> Irónico, irreverente y agresivo, basándose en lecturas abundantes y minuciosas, el autor puso especial énfasis en descubrir las trascendentes contradicciones que apreciaba entre la doctrina oficial de la Iglesia y las distintas versiones de los evangelios. Por ejemplo:

<sup>12</sup> Vulcano publicó obras de Artemio Precioso, Juan Ferragut, J. Kessel, D. Dusnois, Luis León, Francisco Graco y Constantin Weyer.

<sup>13</sup> De periodicidad semanal, comenzó a salir el primer viernes de julio, desapareciendo a finales del mismo mes. Según los editores, *El Gorro Frigio*, humorísticamente —decían— «inspirado por el Cardenal Segura y sus cabritillos» y acogido a todas las licencias de rigor («las necesarias y las otras»), aparecería lleno de «verdades como puños», lo que le convertiría en provechosa «alfalfa espiritual para los borregos de Cristo», increíble título de un antiguo libro religioso que ellos supieron aprovechar para su propaganda. Pero lo malo fue que el ingenio pareció agotárseles antes de tiempo, pues la cruda realidad de las ocho páginas de *El Gorro Frigio* constituye una aburrida sucesión de breves sueltos, en su mayoría anónimos, repletos de tópicos.

<sup>14</sup> La *Novela Proletaria* de Cénit acogió libros destinados al comercio normal de librería, esto es, de cinco a seis pesetas de precio y más de doscientas —algunos incluso llegan a las cuatrocientas— páginas. En total aparecieron veintidós obras, destacando, entre otras, Tugsteno de César Vallejo, O.P. (Orden Público) de Sender, La calle sin nombre de Marcel Aymé, traducida nada menos que por Vallejo, Sobre el Don apacible de Cholojov, Un patriota cien por cien de Upton Sinclair, y El torrente de hierro de Alejandro Serafimovitch.

<sup>14 bis</sup> Nuestra odisea en Villa Cisneros del sindicalista Tomás Cano, relato testimonial prologado por Ramón Franco, Tiranía vigilante de Fermín Galán, volumen inicial y al parecer único de la por consiguiente frustrada serie «Hechos e Ideas», etc. Entre los muchos proyectos que Ediciones Libertad no lograría llevar adelante figuran sendos volúmenes de Galán (una recopilación de cartas) y Francisco Ferrer más una colección, «Los que traicionaron al pueblo», con títulos previstos tan elocuentes como los siguientes: «Maura, el matador», «¡Arza, qué viene Galarza!» (Angel Galarza, hombre de talante enérgico, asumió el cargo de Director General de Seguridad, en sustitución del pusilánime Carlos Blanco, a raíz de los sucesos de mayo; antes había desempeñado la Fiscalía de la República), «El pobrecito Cordero» (Cordero, dirigente del PSOE y diputado por Madrid en las Constituyentes), «El caballero de la traición» (podía tratarse de cualquiera de los integrantes de la conjunción republicano-socialista) y «San Alejandro, virgen y mártir» (Lerroux, líder de los republicanos radicales y ministro de Estado en el Gabinete Provisional).

<sup>15</sup> El cuento de las vírgenes que paren, p. 9 (*Biblioteca*, 20).

¿Falsedad de la Inmaculada Concepción?, escribe en el número 20.<sup>16</sup> De los cuatro Evangelios dos únicamente —el «Según San Mateo» y el «Según San Lucas»— traen el cuentecillo de la virgen madre. Los otros dos, sobre desconocer el imposible parto milagroso, hablan de los demás hijos cosechados por María.<sup>11</sup> Pero, ¿es que San Mateo no declara tuvo José trato carnal con María luego que ella parió a su PRIMER HIJO?<sup>12</sup> ¿Es que no corrobora más adelante haber parido María varias veces?<sup>13</sup> Pues lo propio hallarás en San Lucas.<sup>14</sup> Por ende, ninguno de los cuatro Evangelios Canónicos conoce una Virgen permanente y a prueba de partos.

— Siempre tendremos que el primer hijo fue obra del Espíritu Santo.

— Mira, vuestros *revelados* Evangelios son obra de muchos añadidores. San Jerónimo —aquel docto falsificador, secretario del Papa Dámaso— escribía: «Hay tantas versiones (de Biblias latinas) como ejemplares.<sup>15</sup> Ello se descubrirá como en los mismos Evangelios de Mateo y Lucas, donde hallas la conseja del Espíritu Santo fecundador, tienes sendas genealogías contradictorias de Jesús<sup>16</sup> como engendrado por José.

<sup>11</sup> Marcos: ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacob, José, Judas y Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanos» (VI, versículo 3). Juan menciona igualmente a los hermanos de Jesús (VII, versículos 1 a 10).

<sup>12</sup> Mateo, capítulo I, versículo 25.

<sup>13</sup> Mateo, capítulo XII, versículos 47-50.

<sup>14</sup> Lucas, capítulo VIII, versículos 20-1.

<sup>15</sup> Carta al Papa Dámaso en 384.

<sup>16</sup> Mateo, capítulo I, y Lucas, capítulo III.

Vivero empleaba una técnica narrativa simple y sencilla, a tono con sus propósitos, recurriendo a continuos diálogos para intentar dotar de cierta amenidad a unas exposiciones obligatoriamente algo prolijas. Conversaciones lineales, sin complicaciones de ningún género, que suelen desarrollarse entre dos interlocutores, uno de los cuales, carente de la mínima entidad narrativa, se limita a exponer, con aire bobalicón, una doctrina aprendida de carrerilla, corriendo a cargo de su compañero, obvio trasunto ideológico del autor, la tarea de ridiculizar sus afirmaciones y descubrir a los crédulos lectores, si es que caía alguno: lo estruendoso de la colección hacía bastante remota dicha posibilidad, la increíble sucesión de patrañas sin cuento que, a su juicio, configurarían la verdadera esencia de la religión católica. Demasiado caricaturesco e innecesariamente exagerado en ocasiones, monótono en su continuada pretensión de escándalo, de la *Biblioteca* se desprende, sobresaliendo por encima de sus innegables defectos, inevitables consecuencias de una concepción «propagandística» de la literatura, una fresca sensación de antidogmatismo y audacia, de inverosímil normalidad, de desparpajo, desenvoltura y libertad de pensamiento que hacen, cuando menos, mucho más que llevadera su lectura.

*La Novela Proletaria* (veintiséis números que en realidad se quedan en veintidos<sup>17</sup> de treinta y dos páginas y veinte céntimos de precio, publicados entre abril de 1932

<sup>16</sup> Idem, pp. 10-11.

<sup>17</sup> La lucha del soldado rojo de E. Madarasz, El traidor de G. Nazarli, La muerte del revolucionario Tadjik de Sedreddine Aymi y El crimen de los kulaks de G. Kosinka, o sea, los cuatro últimos títulos, forman el inicio, que a su vez resultó todo lo publicado, de una serie dedicada a escritores extranjeros, el Tesoro de la Literatura Revolucionaria, incluida en el catálogo de *La Novela Proletaria sin duda por razones de índole comercial*. Tras estas cuatro obras estaban anunciadas dos novelas de Alejandra Kolontay (Amor comunista y La camarada y la prostituta), Lucha a muerte de Marko Martchevski, Matanza de judíos de Isaac Babel, El ermitaño de Máximo Gorki y Estampas de la revolución de G. Kosinka. Es flagrante el sesgo comunista y prosoviético de la serie.

y los primeros meses del año siguiente) constituye un afortunado episodio. y un episodio además de afortunado casi definitivo, en la breve historia de estas colecciones. Abierta a todo el variado panorama de los revolucionarios que se sentían decepcionados por la moderada orientación de la República, escritores y hombres de acción más o menos esporádicamente refugiados en la literatura, su lista de autores comprende desde personajes como Eduardo Barriobero, Rodrigo Soriano o el ya considerado Augusto Vivero, cualificados representantes del complejo sector de los republicanos radicales, hasta dos intelectuales en curso de integración en el partido comunista, Juan Antonio Balbontín y César Falcón, con anterioridad vinculados ambos a *La Novela Roja* de AVECILLA, sin que falte, por supuesto, una nutrida representación del anarcosindicalismo en sus más variadas corrientes: ahí están, para demostrarlo, los nombres de Angel Pestaña, Mauro Bajatierra, Emilio Mistral, Eduardo Guzmán y Angel Samblancat, entre otros. En calidad de poderosas individualidades hay que subrayar la presencia de la enigmática Hildegart, Salvador Sediles, compañero de Galán y García Hernández en la desdichada intentona de Jaca, y Ramón Franco.

Además de participar juntos en *La Novela Proletaria*, la mayoría de sus autores coincidieron en varias empresas políticas. Siete de ellos, por ejemplo, formaron parte de la Comisión Ejecutiva de la Alianza de Izquierdas, integrada en total por ocho personas,<sup>18</sup> coalición formada en enero de 1932, es decir, al mismo tiempo que se gestaba la colección que ahora nos ocupa, por un grupo de diputados pertenecientes a partidos que carecían de representación gubernamental con objeto de «poner un dique a la actuación de las derechas y amparar las aspiraciones del pueblo» e implantar al final una República que hiciese decidido frente «al problema agrario y a todos los problemas económicos». <sup>19</sup> Aquellos siete diputados-escritores, autores de once de los veintidós relatos de *La Novela Proletaria*, fueron los siguientes: José Antonio Balbontín (*Una pedrada a la virgen*), Ramón Franco (*Abel mató a Caín*), Salvador Sediles (*Las calaveras de plomo* y *¡Resignación, hermanos!*), Augusto Vivero (*Sindicalista en acción*, *A tiro limpio*, *El enchufista* y *La guerra que viene*, más toda la *Biblioteca de los Sin Dios*), Eduardo Barriobero y Herrán (*Las ánimas benditas*), Antonio Jiménez (*Infamias*) y Angel Samblancat (*Mi dama y mi star*); relación a la que debe sumarse el nombre de César Falcón (otras dos obras: *¿Dónde está Dios?* y *El agente confidencial*), fundador y dirigente del I.R.Y.A. (Izquierda Revolucionaria y Anti-Imperialista) que se presentó a las elecciones a Cortes Constituyentes, con Balbontín y Ramón Franco, por la candidatura denominada Bloque Republicano Revolucionario. *La Novela Proletaria* no responde, por consiguiente, al clásico esquema de las colecciones literarias: entre autores y editores mediaban vínculos y convicciones que la convertían en una empresa ideológica común, estilísticamente sometida a deseadas exigencias de propaganda y proselitismo. El punto exacto de convergencia, el nexo de unión entre autores procedentes —ya lo hemos visto— de tan distintos sectores, vino dado por su frontal oposición a la labor del Gobierno. Desde *La Novela Proletaria* se pensaba que la conjunción republicano-socialista en el Poder estaba terminando con el proceso revolucionario desencadenado el 14 de abril,

<sup>18</sup> El octavo integrante de la Comisión fue García Hidalgo.

<sup>19</sup> El Sol, Madrid, 27 de enero de 1932.